

«"Debéis hacer algún trabajo" (Regla 20)
Nuestra fraternidad contemplativa discierne su misión

Malang, Indonesia, del 9 al 26 de septiembre de 2025.

Queridos hermanos:

Decía Mons. Tonino Bello, recordando el lavatorio de los pies (Cf. Jn 13,1-15) que la verdadera autoridad en la Iglesia se ejerce "poniéndose el delantal". El Dios de las sorpresas tenía un regalo en forma de cruz y buscaba a alguien a quien abrazar. Con temor y temblor acepto esta responsabilidad como un servicio de amor a Dios, a la Iglesia y a la Orden del Carmen en cada uno de vosotros, mis hermanos, para que podamos llevar a plenitud la vocación a la cual hemos sido llamados.

De joven fui acompañado espiritualmente por un gran carmelita, el P. Rafael M^a López Melús, O.Carm. Tiene 97 años, dos ictus, y tengo la inmensa suerte de poder vivir en comunidad con él en Madrid-Ayala. Recuerdo, siendo adolescente, que un día le pregunté qué era el Cielo. Me respondió como mucha naturalidad, citando a otro carmelita, el P. Enrique M^a Esteve, O.Carm.: "El Cielo, en el Carmelo, son Jesús y María". Me asombraba siempre su sencillez, su frescura, su entusiasmo. Un día me dejó un libro de aforismos: "El libro del amigo y del amado", de Ramón Llull, filósofo y místico español del siglo XIV, natural de Mallorca. Allí hay una máxima que me ha acompañado toda la vida: "El Amado le pregunta al amigo: '¿Tendrás paciencia si te doblo los dolores?'. 'Sí —responde el amigo— con tal de que me doubles los amores'". Me vino a la mente el día de la elección de Prior General: dolores y amores. Si el Amor es el motor de nuestras vidas, no hay nada que temer. Es nuestro Dios amoroso quien lo hará todo. Sólo hay que dejarle hacer. Lo que sé hoy, haciendo memoria, es que he sido y soy feliz, y, si mil veces naciera, mil veces volvería a ser carmelita.

Permitidme, a continuación, compartir con vosotros cuatro intuiciones de aquello vivido durante el Capítulo General. Son sólo algunas resonancias.

1. Dejar que Dios sea Dios. Estos días hemos recordado que la contemplación no sólo es el corazón del carisma carmelita, sino que es en sí misma el mejor regalo que podemos ofrecer al mundo y a la Iglesia. "Como mendicantes estamos abiertos a todo ministerio y apostolado" (Cf. RIVC 113; Cons. 95), ahora bien, dado que nosotros, los carmelitas, realizamos nuestra misión en medio del pueblo ante todo con la riqueza de nuestra vida contemplativa, "hagamos lo que hagamos, atendemos especialmente el camino espiritual de las personas" (Cf. RIVC 113; Const. 95). La contemplación es un dinamismo de amor que nos eleva a la unión con Dios y nunca nos separa de la tierra y de la vida de los hombres. El don de la contemplación nos impulsa a pasar de una dimensión a otra del carisma (oración, fraternidad y servicio) con facilidad, como quien no cambia de actitud, sino solo de forma de expresar esa relación permanente de amor con Dios. Quien vive de forma consciente, como el profeta Elías, en la presencia de Dios (Cf. 1Re 17,1), dice san Juan de la Cruz que: "en todas las cosas halla noticia de Dios" (2S 26,6). La vida ordinaria es, sobre todo, el lugar por excelencia donde esta presencia de Dios acontece. Nuestro hermano Jack

Welch, O.Carm., que falleció ayer, apuntaba con acierto –y lo suscribo totalmente– que “el desafío profético más grande del Carmelo es ayudar al mundo de hoy a cultivar la *vida interior*”. La formación inicial y permanente, el cuidado de las casas de formación, la formación de formadores, el estudio y profundización en nuestra tradición carmelita (con atención especial como figura inspirativa del Carmelo a la Virgen María, nuestra Madre y Hermana,) son tareas que en la Orden durante este sexenio, y con vistas a la vida interior, deberíamos seguir cuidando.

2. *Marta y María han de andar siempre juntas* (7M 4,12). En nuestra Orden, en el último lustro, he oído a los hermanos decir lo siguiente: “En el fondo, no se trata tanto de qué hacemos, sino cómo hacemos lo que hacemos”. Nuestros místicos también lo apuntaron: “No hagamos torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de nuestras obras como el amor con que se hacen” (Teresa de Jesús, 7M 4,15). Por eso, “Marta y María han de andar juntas” (Teresa de Jesús, 7M 4,12). Nuestras obras -añadirá ella- cuando brotan de “las raíces de la contemplación” y “proceden de este árbol de amor de Dios”, se convierten en “admirables y olorosas flores” que su fragancia “no pasa presto... y hace gran efecto” (Teresa de Jesús, Conc VII, 2.5). Es una invitación a que nuestras obras desprendan no tanto el aroma de nuestro “ego”, sino la “suave fragancia de Cristo” (Cf. 2Cor 2,15).

Para que no se corrompa el don de la contemplación, la Regla, recordando a san Pablo, nos exhorta a trabajar en silencio: “debéis hacer algún trabajo” (Regla 20). En principio, no debería existir ninguna contradicción entre el trabajo y la oración. “La oración no es un oasis en el desierto de la vida, sino toda la vida” (S. Tito Brandsma). Ahora bien, hemos oído estos días: ¿Podemos seguir ‘haciendo todo lo que hacemos’? El filósofo Fabrice Hadjadj, a propósito del activismo, y, en ocasiones, de nuestro estilo de vida frenético, observaba en su libro: *Tenga usted éxito en su muerte*, que ha llegado el momento de preguntarse no sólo si hay vida después de la muerte, sino, también, “si tenemos vida antes de la muerte”. En este sentido vemos crisis y pobreza en nuestra vida, y no deberían alarmarnos. Más que una desgracia, me atrevería a afirmar, son parte del proceso contemplativo. Estos días, en la Eucaristía, Ageo y Esdras nos invitaban, *con esperanza*, a reconstruir el Templo de Dios. Esta reconstrucción no estaba cimentada en un simple optimismo basado en números, estrategias y capacidades humanas. Cristo es la piedra angular para este nuevo edificio. La esperanza auténtica empieza cuando el camino está sembrado de fracasos. ¡Ahí está también Dios! En medio de procesos de cambio y reestructuración que habrá que emprender en algunas entidades de la Orden, resuena con fuerza estos días: “¡No tengáis miedo!” (Ag 2,5). Un espíritu fraterno de generosa ayuda y colaboración se ve ya en muchas realidades de nuestra Orden. La Familia Carmelita (laicos, hermanas y hermanos de los Institutos agregados, monjas, frailes, el Carmelo Teresiano), inspirada en la Regla de San Alberto, en su tradición y espiritualidad, sigue creciendo en comunión.

3. *Vida comunitaria: artesanos de fraternidad*. Leí en cierta ocasión que el primer obispo de las Américas, Mons. Alonso Manso, cuando llegó a Puerto Rico, en 1512, visitó una comunidad que era tan pobre que ni siquiera tenían una mesa donde celebrar la Eucaristía. Les invitó a aquellos hombres y mujeres, en un gesto

maravilloso, que entrelazaran sus manos y que éstas se convirtieran en el altar donde celebrar la Eucaristía. ¡Quizás no fue muy litúrgico -como me dijo alguien- pero, sin duda alguna, en aquellas circunstancias fue mucho más evangélico y profético! Hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación –como aquí en Malang– juntan no solo sus manos, sino sus vidas, para que éstas sean un altar que acoge a Cristo Eucaristía. La internacionalidad de nuestras comunidades es cada día más visible.

Un doble desafío surge: la tentación del inmovilismo y que en las comunidades, a veces, se descuiden los elementos básicos de nuestra vida fraterna: el capítulo local, la lectio divina, la recreación comunitaria, las comidas, el diálogo, la corrección fraterna, el perdón... (Cf. Const. 35). Los Padres de la Iglesia también advirtieron sobre los peligros de la vida aislada y solitaria. "Si vivo totalmente solo, ¿a quién le lavaré los pies? (Cf. Jn 13,8-10). Si vivo totalmente solo, ¿con quién me compararé para ser el último?" (Cf. Mc 9,35). Escuché en cierta ocasión que, siendo realistas, en cualquier grupo humano, si no estuvieran el 20% de sus miembros, "todo funcionaría mejor", o, por lo menos, "tú estarías más tranquilo". ¡Ahora bien, esto no es una empresa! "Sobrellevad los unos las cargas de los otros" (Gal 6,2). Es Cristo quien nos convoca como hermanos y no sobra nadie. ¡Qué contemplativo es llamar al otro "hermano"! (Cf. Sal 123). Siempre es un desafío que la comunidad irradie la alegría de Cristo Resucitado, al mismo tiempo que se convierta en un lugar sereno en el que podamos cuidarnos y donde se haga visible el "mandamiento del amor" (Cf. Jn 13,34-35). La *Institutio* nos recuerda que nadie permanece en la caridad si no persevera en la humildad. No olvidemos que toda vocación madura en el seno de una comunidad visible y real. La autenticidad y la atracción de nuestra vida comunitaria es clave en el acompañamiento vocacional y la pastoral juvenil.

4. Misión: abrir ventanas de esperanza. Sta. María Magdalena de Pazzi se dirigía a Jesús, llamándole: "¡Loco de Amor!" — "¡Tú estás loco de Amor!". Un día, en uno de sus excesos, cogió el crucifijo, desclavó a Jesús, y, abrazándolo, empezó a decirle: "¡Amor, Amor, Amor, no amado ni conocido de nadie!". Y exclamó, seguidamente: "¡Amor, Amor, dame tal potencia de voz, que, al llamarte Amor, sea oída de Oriente a Occidente, en todas las partes del mundo, hasta en el infierno, a fin de que tú seas conocido y amado de todos, Amor!". "Amar al Amor". "En el corazón de la Iglesia, mi Madre, yo seré el Amor" (Teresita del Niño Jesús, Ms B, 3vº). Nuestros místicos han puesto en el corazón de la misión y de la Iglesia el amor. ¿Qué es la evangelización sino un grito, un ímpetu, en el que deseamos que el Amor de Dios llegue hasta los confines de la tierra? (Cf. Mt 28,19-20).

La evangelización y el diálogo interreligioso, lejos de oponerse, se sostienen y se alimentan recíprocamente (Cf. Ad Gentes 9). De hecho, lo estamos viendo en este momento histórico en que nuestro Capítulo General se celebra por primera vez en Asia (Indonesia). Jesús, el Señor, se une al grito de la humanidad cuando ésta parece debilitarse y nos ayuda a que la justicia y la paz no sean solo una utopía (cf. Papa Francisco, *Fratelli* 30). El auténtico contemplativo es portador de la luz de Cristo Resucitado abriendo ventanas de esperanza en medio de la noche de la humanidad: pobreza, guerras, abandono, olvido de la dignidad del hombre, persecuciones por motivos raciales o religiosos, el sufrimiento de los inocentes... (Cf. Papa Francisco,

Fratelli 25). En nuestro anuncio “ensanchamos nuestra tienda” (Cf. Is 54,2-3) para que quepa Dios y los que vienen con Él: la humanidad. Como nos recordaba el Papa Francisco (2019): “Si un día, a nuestro alrededor, no hubiera ya más enfermos y hambrientos, abandonados y despreciados -los menores (Cf. Const. 24) de los que habla vuestra tradición mendicante- no es porque no los haya, sino, simplemente, porque no los vemos”. La auténtica contemplación nos lleva a la ternura y a la compasión, a tocar las llagas del Cuerpo de Cristo y a sanar heridas. Cristo mismo nos confió el cuidado y la protección de los más pequeños e indefensos: “El que reciba en mi nombre a un niño como éste, a mí me recibe” (Mt 18,5). Nos comprometemos decididamente a que nuestras comunidades y ministerios sean espacios seguros para los menores y personas vulnerables.

Pediría a los hermanos que juntos abriéramos durante este sexenio un período de estudio, reflexión, meditación, discernimiento de nuestra vida en torno a la Eucaristía. En el Carmelo, igual que hay un vínculo estrecho entre el Carmelo y la Palabra, hay un profundo binomio entre el Carmelo y la Eucaristía. En la Eucaristía convergen la relación con Dios, con los hermanos, con la Palabra... ¿La Misa es solo una suma de rúbricas? ¿La Misa es sólo una recompensa o pago a nuestras bondades y méritos? Nuestra tradición espiritual, escritores, místicos (Regla, Juan Soreth, María Magdalena de Pazzi, Juan de la Cruz, Tito Brandsma, Teresita del Niño Jesús, María Crocifissa Curcio...) nos ofrecen pistas para la reflexión teológica, espiritual, litúrgica, pastoral, y, también, para la renovación de nuestra vida carmelita. ¿Cómo podríamos ser una comunidad contemplativa al servicio del pueblo sin acercarnos a la Eucaristía y alimentarnos por Cristo con un espíritu renovado?

Acabo con unas palabras de la carta que Fray Pablo M^a de la Cruz, O.Carm. dirigió al papa Francisco, con motivo de la JMJ de Lisboa 2023: “En el Carmelo, el Jardín de Dios, antesala del Cielo, crece María, el Girasol de Dios, a la que me gusta llamarla e imaginármela como la Virgen del Primavera. A Ella le pido que transforme los desiertos del dolor en jardines de consolación, y en sus manos deposito la evangelización de los jóvenes”.

Rezad por mí.
Muchas gracias.

P. Desiderio García Martínez, O.Carm.
Prior General